

**Orwell, George. *Homenaje a Cataluña*. Buenos Aires: Reconstruir, 1996. 200 páginas y Kemp, Peter. *Legionario en España*. Barcelona: Caralt, 1975. 247 páginas**

***Dos británicos enfrentados en suelo español***

Por Juan Luis Besoky (CONICET - UNLP)

Recibido: 30/11/2016 - Aprobado: 15/12/2016

Tanto Orwell como Kemp, abandonaron Gran Bretaña para tomar parte de la guerra civil española, aunque el primero lo hizo de parte del bando republicano y el segundo en el bando nacional. Los libros de sus experiencias, en bandos enfrentados, nos permiten acercarnos a lo que significó la guerra. El relato de Peter Kemp, titulado originalmente como *Mine Were of Trouble*, fue escrito varios años después, en 1957 y publicado ese mismo año. El de George Orwell, titulado *Homage to Catalonia*, fue escrito seis meses después de que el autor abandonara España en junio de 1937 y publicado al año siguiente.

Peter Kemp se había doctorado en Lenguas Clásicas y Leyes en Cambridge en junio de 1936 y abandonó Londres con rumbo a España un húmedo día de noviembre de ese mismo año. En lo que se refiere a su ingreso a España, Kemp señala que no sólo desconocía el idioma castellano sino que tampoco tenía contactos en el bando nacionalista. En sus palabras: "...si hubiese querido unirme a las Brigadas Internacionales para combatir a favor de los republicanos todo hubiera sido muy sencillo; en todos los países funcionaban organizaciones, muy hábilmente dirigidas por los respectivos partidos comunistas, con ese exclusivo fin. Pero los nacionalistas no llevaban a cabo esfuerzo alguno para reclutar voluntarios en Inglaterra". Finalmente por mediación de un amigo logró presentarse al marqués del Moral, destacado en la Agencia nacionalista en Londres quien



logró introducirlo en Burgos, donde se encontraba el Cuartel General. Llegado allí le explicaron que los únicos lugares en los que podía alistarse un extranjero eran la Legión Extranjera, las milicias de la Falange o en los Requetés, donde finalmente se alistó.

George Orwell, que ejercía como profesor y trabajaba en una librería de Hampstead, había llegado a Barcelona el 26 de diciembre de 1936, con una carta de presentación del Partido Laborista Independiente. Ese mismo día se unió como miliciano al POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), un partido de la izquierda comunista no estalinista, cercano al trotskismo. Llegado a Barcelona, “una ciudad donde la clase trabajadora llevaba las riendas”, Orwell fue testigo del auge revolucionario. Todos los edificios se hallaban en manos de los trabajadores cubiertos con banderas rojas o rojinegras. Las tiendas y cafés habían sido socializados y hasta los comportamientos sociales se habían modificado. “Mozos y vendedoras miraban al cliente cara a cara y lo trataban como a un igual. Las formas serviles e incluso ceremonias del lenguaje habían desaparecido. (...) todos se trataban de ‘camarada’ y ‘tú’, y decían ‘¡salud!’ en lugar de ‘buenos días’. La ley prohibía dar propinas (...) Parecía una ciudad en que las clases adineradas habían dejado de existir (...) casi todo el mundo llevaba tosca ropa de trabajo, o bien overoles azules o alguna variante del uniforme miliciano. Ello resultaba extraño y conmovedor.”. Claro que no era que los burgueses habían desaparecido sino que simplemente esperaban en las sombras o se hacían pasar por proletarios.

¿Pero cuáles eran los motivos que impulsaban a estos dos hombres a abandonar su hogar para luchar en una guerra ajena? En palabras de Orwell “Si me hubieran preguntado por qué me uní a la milicia, habría respondido: ‘Para luchar contra el fascismo’; y si me hubieran preguntado por qué luchaba, habría respondido: ‘Por simple decencia’. Para él estaba claro que Franco era un títere de los nazis y fascistas y que cualquier lucha



contra Franco era una lucha contra el fascismo. En el caso de Kemp, él ya había participado de una agrupación conservadora cuando estudiaba en Cambridge, aunque las razones para participar de la guerra no eran enteramente políticas. La guerra había estallado “en un momento oportuno” para él, ya que se acababa de recibir y tenía tiempo libre antes de dedicarse a un trabajo “que lo sujetara de por vida”. En sus razones: “Imagino que la guerra de España no durará más de seis meses. Por tanto constituye una espléndida oportunidad para mí, que me permite conocer un país extraño y a su gente, aprender su idioma y, también, algo de la guerra moderna”.

Sobre la lucha en el frente de Aragón, Orwell relata la ausencia de armamento adecuado y de municiones. Tampoco había mapas, planos, prismáticos ni alicates para cortar alambres. A esto se sumaban las condiciones climáticas, permanentemente frías en las montañas, y la escasez de agua y alimentos que los hacía sentir permanentemente hambrientos. Ubicados en trincheras enfrentadas separadas por pocos metros la verdadera arma no era el fusil sino el megáfono. “Imposibilitados de matar al enemigo, le gritábamos (...) se producían frecuentes griterías de trinchera a trinchera. Desde la nuestra se oía ‘¡Fascistas maricones!’. Desde la trinchera fascista: ‘¡Viva España! ¡Viva Franco!, o bien, cuando sabían que entre nosotros había algunos ingleses: ‘¡Váyanse a sus casas, ingleses! ¡Aquí no queremos extranjeros!’.”. Los republicanos también solían gritar contra los fascistas: “¡No luches contra tu propia clase!”, en un intento de procurar convertir al enemigo en lugar de matarlo, haciendo referencia a que los soldados fascistas eran meros lacayos del capitalismo internacional. Esta situación, que a Orwell le parecía insólita por no ajustarse a la concepción inglesa de la guerra, terminó por parecerle legítima y hasta cierto punto la única posible.

Otro de los aspectos que destacaba Orwell era la absoluta horizontali-



dad en las relaciones en la milicia. El rasgo esencial del sistema era la absoluta igualdad entre oficiales y soldados. “Todos, desde el general hasta el recluta, recibían la misma paga, comían los mismos alimentos, llevaban las mismas ropas y se trataban en términos de completa igualdad. (...) cada milicia era una democracia y no una organización jerárquica. Se daba por sentado que las órdenes debían obedecerse, pero también que una orden se daba de camarada a camarada y no de superior a inferior.”. Sin embargo en los momentos iniciales de la instrucción militar, Orwell advertía la ausencia de disciplina alguna y las dificultades para conseguir que los jóvenes novatos formaran fila. “...si a un hombre no le gustaba una orden, se adelantaba y discutía violentamente con el oficial”. En cuanto a la presencia de mujeres en las filas: “había unos mil hombres y una veintena de mujeres, aparte de las esposas de los milicianos que se encargaban de cocinar. En las primeras batallas había más mujeres milicianas que luchaban junto a los hombres pero luego eso fue disminuyendo”.

Respecto a Kemp, en octubre de 1937, pidió ser trasladado al Primer Tercio de la Legión, con el grado de alférez, donde tomó parte en la contraofensiva de Teruel a inicios de 1938. Como soldado requetés ya había participado del sitio de Madrid y de las batallas de Jarama y Bilbao. Sobre su estancia como legionario, Kemp señala que todos eran voluntarios y que la paga de los oficiales y clases era aproximadamente el doble que en el Ejército regular, y la comida era incomparablemente mejor. “La comida del mediodía y de la noche generalmente consistía en sopa, seguida de pescado o pasta, un plato de carne, pastel o queso, con vino y café; además estaba muy bien cocinada. En las bases de Ceuta y Melilla, se sirve a los hombres en vajilla de porcelana, por camareros de chaqueta blanca.”. La Legión buscaba diferenciarse como un cuerpo de elite, cuyo lema era “Viva la muerte”, el cual era sometido a una rígida disciplina, que incluía fustazos en la cara y los hombros en caso de desobediencia o mera parsi-



monia. La insubordinación, aunque no fuera ante el enemigo, se castigaba con la muerte en el acto.

Otro de los aspectos que llamaron la atención de Kemp fue el asesinato de prisioneros. En una de las batallas contra los republicanos en las cercanías de Belchite, la Legión se enfrentó a voluntarios alemanes de la Brigada Thälmann, siendo Kemp testigo presencial de cómo sus compañeros hundían las bayonetas y daban culatazos a los caídos. La Legión mostraba particular afán en el fusilamiento de enemigos extranjeros, especialmente de las Brigadas Internacionales. Cuando Kemp se quejó ante su superior este le respondió: “Comprendo que usted hable de leyes internacionales y de los derechos de los prisioneros. Usted no es español, ni ha visto a su país devastado, y a sus parientes y amigos asesinados en una guerra civil que hubiera terminado hace año y medio, de no haber sido por la intervención de esos extranjeros. Ya sé que nosotros recibimos ahora ayuda de los alemanes y los italianos, pero usted sabe tan bien como yo que la guerra hubiese terminado a fines de 1936, cuando nos encontrábamos en las puertas de Madrid. Entonces aparecieron las Brigadas Internacionales. Nosotros no habíamos recibido ayuda alguna del extranjero aún. ¿Qué nos importan los ideales de esas gentes? Lo sepan ellos o no, son simples instrumentos de los comunistas y han venido a España para destruir nuestro país.”.

En lo que se refiere al aspecto político de la guerra, éste se halla bastante ausente en el relato de Kemp. Orwell, por su parte, advierte que cuando llegó a España no sólo se desinteresó de la cuestión política sino que ni siquiera la percibió. De hecho él mismo señalaba que en sus inicios le hubiera gustado unirse a la CNT anarquista o a los comunistas, ya que era la manera más efectiva de ir al frente, además de percibir a los comunistas como mejor organizados y disciplinados. Sin embargo, a medida que transcurría el tiempo, Orwell fue descubriendo las implicancias políticas de



la guerra y las diferencias entre las distintas fracciones de la izquierda. Precisamente el capítulo V del libro es el que más ahonda en estas cuestiones. Allí el autor advierte como “Toda la lucha fue reducida a una cuestión de ‘fascismo versus democracia’, y el aspecto revolucionario se silenció hasta donde fue posible”. De hecho, exceptuando los pequeños grupos revolucionarios “todo el mundo estaba decidido a impedir la revolución en España; en especial el Partido Comunista, respaldado por la Rusia Soviética, lanzó su máxima energía contra la revolución. Según la tesis comunista, una revolución en esa etapa resultaría fatal y en España no debía aspirarse al control ejercido por los trabajadores, sino a la democracia burguesa.”. No es de extrañar pues, que Orwell considerara al PC “al menos por el momento, como una fuerza contrarrevolucionaria”. Para el autor el “giro derechista” en el gobierno republicano se empezó a dar a partir de octubre-noviembre de 1936 con la llegada de armas y asesores soviéticos a España. Primero se expulsó al POUM de la Generalitat, luego Caballero fue reemplazado por Negrín, poco después la CNT y la UGT fueron expulsadas del gobierno y finalmente un año después del estallido de la guerra “existía un gobierno compuesto por socialistas de derecha, liberales y comunistas”.

En el capítulo X Orwell narra como testigo y protagonista de los Sucesos de mayo de 1937, la lucha por la Central Telefónica, cuando anarquistas apoyados por el POUM resisten el intento del gobierno de la Generalitat y de los comunistas por desarmarlos. A esos hechos sigue la persecución contra el POUM que incluyó la disolución del partido y el arresto de sus militantes. El mismo Orwell tuvo que permanecer escondido al igual que varios de sus compañeros mientras eran buscados por las autoridades, acusados de contrarrevolucionarios. Justamente, el mérito del libro de Orwell radica en advertir el papel represivo del Partido Comunista y la campaña de desinformación y mentiras que lanzó desde la prensa. Si la discu-



sión era entre hacer la revolución para ganar la guerra o ganar la guerra para hacer la revolución... el resultado fue que ni hubo revolución ni se ganó la guerra.

Finalmente, tanto Kemp como Orwell debieron abandonar la lucha a causa de las heridas recibidas. El primero como consecuencia de las esquirlas de una bomba de mortero que le destrozaron la boca y el segundo a causa de una bala que le atravesó la garganta. Kemp fue rápidamente trasladado a un hospital donde tuvo la suerte de ser atendido por uno de los más eminentes cirujanos españoles, quien le hizo las primeras curaciones. Orwell en cambio no tuvo tanta suerte. Si bien fue retirado rápidamente del frente, permaneció varios días sin atención, en parte debido a que los hospitales cercanos eran utilizados como centros de distribución de heridos y no como lugares de atención. No era extraño que heridos de gravedad permanecieran varios días a la espera del tren-hospital que los llevara a Barcelona. A esto se sumaba la falta de enfermeras idóneas, ya que por lo general quienes se encargaban de esas tareas eran las monjas, que por obvias razones estaban en el bando enemigo. En palabras de Orwell “las enfermeras españolas siempre me trataron con extrema bondad, pero no cabe duda de que eran sumamente ignorantes. Todas sabían tomar la temperatura, algunas podía hacer un vendaje, y nada más.”. A pesar de todo Orwell logró sobrevivir e incluso recuperar la voz, que según los médicos españoles había perdido definitivamente a causa de la herida de bala.

Kemp dejó definitivamente España a fines de 1938 con la intención de alistarse en el ejército británico “para la próxima guerra”. En su país se sumió en “una refriega política y social” que comprendió diversas actividades como escribir artículos para *The Times*, hablar con miembros del Parlamento y discusiones con algunos de sus mejores amigos “pues la guerra civil española originó en el inglés corriente una intensidad de interés



y sentimientos partidistas desacostumbrados en un pueblo notablemente indiferente a las cuestiones de otros países.”.

Orwell cruzó a Francia herido y escapando de la persecución contra el POUM en 1937, de allí fue a París y luego a Inglaterra. De su experiencia en la guerra concluyó: “Esta guerra, en la que desempeñé un papel tan ineficaz, me ha dejado en su mayoría recuerdos penosos. No obstante no me arrepiento de la experiencia. (...) Por curioso que parezca, toda la experiencia no ha socavado mi fe en la decencia de los seres humanos, sino que, por el contrario, la ha fortalecido.”.

